

LA COMUNICACIÓN PARA EL DESARROLLO EN LATINOAMÉRICA: UN RECUENTO DE MEDIO SIGLO*

Luis Ramiro Beltrán

* Texto presentado en el III Congreso Panamericano de la Comunicación, realizado en Buenos Aires del 12 al 16 de julio de 2005. Publicado con autorización del autor, por petición de Jorge Ignacio Sánchez Ortega, presidente de la Revista Anagramas—Rumbos y sentidos de la comunicación.

LA COMUNICACIÓN PARA EL DESARROLLO EN LATINOAMÉRICA: UN RECUENTO DE MEDIO SIGLO

Luis Ramiro Beltrán
lrbeltran@unete.com

*Con gratitud, admiración y afecto
a mis maestros en comunicación para el desarrollo
EVERETT ROGERS +
DAVID BERLO +
y FRANK SHIDELER
y a mis nobles propiciadores
ARMANDO SAMPER,
ENRIQUE BLAIR+
y FLORENCE THOMASON+*

Introducción

Ya en 1918 el Presidente Woodrow Wilson había enunciado escuetamente la noción del «desarrollo», por cierto tutelado, pero hasta la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) se hablaba de la evolución de los países más bien en términos de avance desde el «atraso», caracterizado por la «primitividad» y la miseria con sus penosas secuelas, hasta el «progreso», caracterizado por la «civilización» y la prosperidad que traía aparejado el bienestar. Sólo un puñado de países, en su mayoría americanos del norte y europeos, se hallaban entonces en situación de progreso y, por lo general, se suponía que los demás países también irían llegando hasta tal estado. ¿Cómo habrían de hacer eso? Aparentemente lo harían de un modo providencial, tal vez lento pero presumiblemente natural e ineluctable. Les bastaría con «dejar pasar y dejar ha-

cer» y, si acaso, empeñarse en imitar a los progresados ciegamente y al máximo posible. Aunque el colonialismo prevalecía ostensiblemente aún, no había conciencia clara ni menos admisión pública, de que no pocas de las naciones que más habían progresado en el mundo lo habían hecho, en alguna medida, a expensas del atraso de las demás. Y tampoco se prestaba real atención a la opresora inequidad vigente dentro de cada país atrasado en desmedro de la mayoría de la población.

Sólo cerca del final del primer quinquenio de la era post Hiroshima surgió con firmeza en el mundo la noción de «desarrollo» como sustituto de la de «progreso». Optar por el desarrollo significaba a la sazón no dejar librado el avance hacia la prosperidad, y el bienestar al azar «leseferista», y limitarse a la inacción providencialista sino prever y organizar racionalmente la intervención

estatal activa para lograr pronto el mejoramiento sustantivo de la economía con apoyo de la tecnología a fin de forjar el adelanto material.

Tal transición provino, en gran parte, de la experiencia ganada por los Estados Unidos de América, en los campos de batalla y en la vida civil de retaguardia, en aquella segunda contienda bélica mundial y en la postguerra inmediata con el aprendizaje cobrado por dicho país altamente «desarrollado» al auxiliar, financiera y técnicamente, a las naciones perdedoras -Alemania, Italia y Japón- en su proceso de reconstrucción y rehabilitación.

A fines de la década de 1940 el Gobierno de los Estados Unidos de América cobró conciencia de que los numerosos países «subdesarrollados» que habían sido miembros de la alianza contra los países que constituyeran el eje nazi-fascista que desató la guerra merecían un apoyo semejante al que ya estaba brindando a éstos. El Presidente Harry Truman anunció en 1949, en el cuarto punto de un discurso de catorce, la creación de un programa internacional de asistencia, técnica y financiera, para el desarrollo nacional que llegaría a conocerse como el del «Punto Cuarto». Y se estableció para ejecutarlo el organismo que ahora se conoce como Agencia de los Estados Unidos de América para el Desarrollo Internacional (USAID).

El programa proporcionaba a los gobiernos, incluyendo desde luego a los de Latinoamérica, apoyo para ampliación y mejoramiento de infraestructura de caminos, vivienda, electricidad, agua potable y alcantarillado. Por otra parte, estableció con dichos gobiernos servicios cooperativos de agricultura, salud y educación a partir del inicio de la década de 1950. Comprendiendo que la acción pro desarrollo en estos campos

requería provocar por persuasión educativa cambios de conducta tanto en funcionarios como en beneficiarios, incluyó en cada uno de esos servicios sociales una unidad dedicada a la información de apuntalamiento a los fines del respectivo sector. Y esta medida llegaría a constituir una de las raíces mayores de la actividad que sólo varios años después iría a conocerse como «comunicación para el desarrollo».

¿Cómo llegó a constituirse y a operar esa disciplina profesional en Latinoamérica? A gentil invitación de los organizadores del III Congreso Panamericano de Comunicación, el autor del presente texto se empeñará en dar la más sucinta respuesta posible a esta interrogante mediante una descripción analítica, a manera de testimonio en visión panorámica, de algo más de medio siglo, por parte de un actor y observador de ese proceso.

EN EL PRINCIPIO FUE LA PRÁCTICA

La práctica, ciertamente, antecedió a la teoría. Surgió entre el último tercio de la década de 1940 y el primero de la de 1950 al impulso de tres iniciativas precursoras: dos nativas de la región y una de origen foráneo.

Las radio-escuelas de Colombia

En Sutatenza, una remota aldea andina, el párroco Joaquín Salcedo se valió ingeniosamente de la radio para llegar a brindarle a los campesinos apoyo mediante la comunicación masiva educativa a fin de fomentar el desarrollo rural. Creó la estrategia de las «radio-escuelas» que consistía de audición, mediante receptores a batería, en pequeños grupos de vecinos de programas especialmente producidos para ellos. Lo

hacían auxiliados por guías capacitados que los instaban a aplicar lo aprendido a la toma de decisiones comunitarias para procurar el mejoramiento de la producción agropecuaria, de la salud y de la educación. O sea: recepción – reflexión – decisión – y acción colectivas. Así, gradualmente, fue naciendo la agrupación católica Acción Cultural Popular que, al cabo de poco más de una década, abarcaba a todo el país e inclusive cobraría resonancia internacional. Apoyada por el gobierno colombiano y por algunos organismos internacionales, ACPO llegó a contar con una red nacional de ocho emisoras, con el primer periódico campesino del país, con dos institutos de campo para formación de líderes y con un centro de producción de materiales de enseñanza.

Las radios mineras de Bolivia

Unos veinte años antes de que Paulo Freire propusiera devolver la palabra al pueblo, se la tomaron en Bolivia paupérrimos trabajadores indígenas empleados en la extracción de minerales. Resueltos a comunicarse mejor entre sí y a dejarse oír por sus compatriotas en español y en quechua, estos sindicalistas establecieron por sí solos -con cuotas de sus magros salarios y sin experiencia en producción radiofónica- pequeñas y rudimentarias radioemisoras autogestionarias de corto alcance. Las emplearon democráticamente instaurando en forma gratuita y libre la estrategia de «micrófono abierto» al servicio de todos los ciudadanos. Si bien daban énfasis a información y comentarios sobre sus luchas con-

*Unos veinte años
antes de que Paulo
Freire propusiera
devolver la palabra al
pueblo, se la tomaron
en Bolivia
paupérrimos
trabajadores
indígenas empleados
en la extracción de
minerales.*

tra la explotación y la opresión, hacían sus programas no sólo en socavones, ingenios mineros o sedes sindicales, sino también en escuelas, iglesias, mercados, canchas deportivas y plazas, así como visitando hogares. Así llegaron pronto a operar como «radios del pueblo». Al término de la década de 1950 habían logrado formar una red nacional de alrededor de 33 emisoras portadoras de la «vox populi», algunas de las

cuales serían más tarde objeto de violenta represión gubernamental.

Extensión agrícola, educación sanitaria y educación audiovisual

Como ya se lo indicó en la introducción de este documento, surgieron en Latinoamérica entre fines de los años del 40 y principios de los del 50 servicios públicos en agricultura, educación y salud copatrocinados por los gobiernos de Estados Unidos de América y de los de la región. Los órganos de comunicación de estas entidades estaban dedicados, respectivamente, a «información de extensión agrícola», «educación sanitaria» y «educación audiovisual», esta última concentrada en establecimientos escolares. La primera tenía por misión la de convertir la información científica y técnica para el mejoramiento de la producción agropecuaria en información de educación no formal al alcance de la comprensión del campesinado carente entonces, en proporción elevada, de alfabetización; para ello apuntalaba con recursos de contacto interpersonal a los agrónomos que actuaban como «agentes de extensión» residentes en comunidades

rurales y se valía complementariamente de medios masivos, principalmente radio, folletos y carteles. La segunda estaba cifrada principalmente en el empleo de procedimientos de contacto personal, individual y en grupos, para ampliar el alcance y profundizar el impacto de mensajes instructivos para el cuidado de la salud pública; en lo masivo recurría a cartillas y carteles, especialmente para campañas. Y la tercera se esmeraba en aplicar a la enseñanza en aula estrategias pedagógicas innovadoras cifradas principalmente en el uso de técnicas audiovisuales, como la grabación radiofónica, la fotografía y la cinematografía. Esos tres ejercicios de comunicación para el desarrollo contaban con algunos manuales didácticos y, aunque en forma aún elemental, trataban de racionalizar y optimizar las intervenciones educativas haciendo lo posible por darles orientaciones estratégicas. Pero no contaban aún para ello con capacidad de investigación científica y, de otra parte, carecían de fundamentación teórica integral y sustantiva.

ADVIENE LA TEORÍA

Tampoco dispusieron de aquélla los emprendimientos pioneros de Colombia y Bolivia.

En efecto, la teorización se inició aproximadamente diez años después de que la práctica comenzara. Y lo hizo en Estados Unidos de América.

Lerner: del tradicionalismo a la modernidad

En 1958 el sociólogo del Instituto Tecnológico de Massachussetts, Daniel Lerner, publicó un estudio realizado con datos de medio centenar de países sobre la extinción de la «sociedad tradicional» para dar paso a la «modernización» de ella. Verificó la existencia de clara y estrecha co-

relación entre el desarrollo nacional y la comunicación social. Halló que esa transición se daba en las siguientes etapas: urbanización (aparejada con industrialización); participación de la gente en la comunicación masiva; alfabetismo; y participación en política. Propuso que las funciones de la comunicación en tal proceso eran éstas: (1) crear nuevas aspiraciones; (2) apuntalar el crecimiento del nuevo liderazgo para el cambio social; (3) fomentar una mayor participación de los ciudadanos en las actividades de la sociedad; y (4) enseñar a ellos «empatía», la aptitud para «ponerse en el pellejo del prójimo». Y sostuvo, en resumen, que la comunicación era a la vez inductora e indicadora de cambio social.

Rogers: difusión de innovaciones

En 1962 Everett Rogers, sociólogo rural de Iowa que se afincaría en la Universidad del Estado de Michigan, divulgó su teoría de la difusión de innovaciones como motor de la modernización de la sociedad. Definió la innovación como una idea percibida como nueva por un individuo, y comunicada a los demás miembros de un sistema social. Afirmó que para que la innovación fuera lograda la conducta tenía que pasar por estas etapas: percepción, interés, evaluación, prueba y adopción. Añadió que la difusión de la innovación dependía de la tasa de adopción de ella. Y comprobó que los innovadores eran, en general, aquellos que poseían elevados índices de ingreso, educación, cosmopolitismo y comunicación. Advirtió que en el principio del proceso sólo había unos pocos adoptantes y al final unos cuantos no resultaban adoptantes pero, a la mitad del período, la mayoría de las personas se hacían adoptantes, si bien muy lentamente. Y encontró que en cada una de las etapas del proceso la comunicación cumplía papel clave por vía de diversos medios.

Schramm: creación de un clima para el cambio

En 1964 Wilbur Schramm, comunicólogo de la Universidad de Stanford, publicó un trascendental estudio sobre comunicación y cambio en los países «en desarrollo». Percibiendo la comunicación masiva como «vigía», «maestra» y «formuladora de políticas», estipuló en detalle un conjunto de papeles de ella en la atención de las necesidades de la gente en cuanto al desarrollo. Sostuvo que éstas eran: (1) estar informada de los planes, acciones, logros y limitaciones del esfuerzo pro desarrollo; (2) hacerse partícipe del proceso de toma de decisiones sobre asuntos de interés colectivo; y (3) aprender las destrezas que el desarrollo les demanda dominar. Al cumplir aquellas funciones, los medios de comunicación configuraban, señaló Schramm, una atmósfera general propicia a la consecución del cambio social indispensable para lograr el desarrollo. La divulgación mundial de ese planteamiento suyo, con apoyo de la UNESCO, contribuyó a hacer de este investigador y periodista el sumo sacerdote de la comunicación para el desarrollo.

Derivadas en parte de esas teorías estadounidenses principales, tenderían a prevalecer en Latinoamérica estas percepciones:

- La «comunicación de apoyo al desarrollo» es el uso de los medios de comunicación -masivos, interpersonales o mixtos- como factor instrumental para el logro de las metas prácticas de instituciones que ejecutan proyectos específicos en pos del desarrollo económico y social.
- La «comunicación de desarrollo» es la creación, gracias a la influencia de los medios de comunicación masiva, de una atmósfera pública favorable al cambio que se considera in-

dispensable para lograr la modernización de sociedades tradicionales mediante el adelanto tecnológico, el crecimiento económico y el progreso material.

En 1966 otro investigador y catedrático del Massachusetts Institute of Technology (MIT), Ithiel de Sola Pool, delineó un perfil de la personalidad del hombre moderno y sostuvo que los medios de comunicación eran capaces de inducir a la gente a adquirir las características del mismo principalmente de tres maneras: (1) forjando en las mentes de las personas imágenes favorables al desarrollo entendido como modernidad; (2) fomentando en ellas la consolidación o la formación de una conciencia de nación; y (3) estimulando la voluntad de planificar y de actuar en un vasto escenario.

Y en 1967 Lerner y Schramm publicaron una compilación de las ponencias presentadas a un seminario internacional que ellos habían organizado dos años antes en Hawaii sobre la «comunicación y el cambio social en los países en desarrollo». Alcanzando sin demora amplia circulación internacional, este texto -junto con nuevos aportes de Rogers- llegó a constituirse en otra pieza básica de la naciente literatura del ramo.

La práctica de la comunicación para el desarrollo aplicando los formatos operativos de origen estadounidense aquí mencionados se confirmó en la segunda mitad de la década de 1950 y, consolidándose, crecería en variedad e intensidad desde mediados de los años del 60. Fue tan amplia, diversa e intensa que su trayectoria en la región no resulta resumible aquí. Pero debe anotarse que contribuyó a ello sustantivamente el apoyo de organismos bilaterales como los del Gobierno de Estados Unidos de América y el de los gobiernos de países europeos como Alema-

nia y Holanda. Además, organismos multinacionales de escala mundial como la FAO, la UNESCO, la OPS, el UNICEF y el PNUD y, en el acápite regional, la OEA, especialmente por medio del Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA), hicieron también importantes aportes, así como los hicieron fundaciones privadas como la Rockefeller, la Kellog y la Ford.

Era lógico que la comunicación protagonizada por el pueblo recurriera preferencialmente a la radio por ser el medio de menor costo de equipamiento y de mayor facilidad de operación, así como el de más amplio alcance.

da con amplia intervención indígena, asumiría un compromiso con la lucha de los pobres y los marginados tan franco que provocaría a veces coerción y hasta represión gubernamental contra algunas de sus operaciones.

Era lógico que la comunicación protagonizada por el pueblo recurriera preferencialmente a la radio por ser el medio de menor costo de equipamiento y de mayor facilidad de operación,

LA COMUNICACIÓN ALTERNATIVA EN ACCIÓN

La estrategia colombiana de las radio-escuelas fue difundiéndose sin mayor demora en la región. En efecto, por ejemplo en Bolivia ya a mediados de la década del 50 surgió la primera emisora de ese tipo en una zona rural poblada por indígenas aimaras: Radio Peñas. Para mediados de la década del 60, con el patrocinio no impositivo de la Iglesia Católica, el número de tales emisoras, mayormente campesinas, había crecido en el país al punto de hacer necesaria su agrupación en la red cooperativa llamada Escuelas Radiofónicas de Bolivia (ERBOL). Y ella había empezado a incorporar a su arsenal estratégico la figura de los «reporteros populares», voluntarios de localidades rurales a los que se capacitaba como sus corresponsales. Al principio de la década del 70, apartándose ya un poco del enfoque propiciado por ACPO, con apoyo de la Asociación Latinoamericana de Escuelas Radiofónicas, (ERBOL) comenzó a reorientar sus labores, en concepción y en forma, para favorecer una educación integral y participativa identificada con la equidad y la democracia. Y a partir de 1980 dicha red cuatrilingüe de alcance nacional, maneja-

así como el de más amplio alcance. Por eso los latinoamericanos fueron creando estrategias de uso pro-democrático de dicho medio, especialmente desde principios de los años del 70. Una sobresaliente fue la denominada «casete foro rural» creada en Uruguay por Mario Kaplún; era un recurso sencillo pero muy útil para propiciar el diálogo a distancia entre agricultores cooperativistas. Otra fue la de las «cabinas radiofónicas», puestos de grabación y contacto establecidos en territorio campesino por un sacerdote de Latacunga, Ecuador, para dar a los pobladores capacitados la oportunidad de enviar desde ellos mensajes a una emisora central que los divulgaba. También se distinguieron en otros valiosos ejercicios de radio popular comunicadores de Perú, México, República Dominicana, Nicaragua y Cuba, que combinó programas radiofónicos con visitas a escuelas y hogares por brigadas de capacitación en salud y educación. Por otra parte, Colombia y México estuvieron entre los países que se valieron de la radio como instrumento de apoyo a la instrucción formal en aula.

El Salvador apoyó esa enseñanza por medio de la televisión Y México llegó a establecer una red de canales dedicada a respaldar programas de

desarrollo rural, además de ensayar el empleo de la telenovela para educación no formal sobre salud reproductiva.

En Brasil grupos de audaces periodistas crearon la estrategia de la «prensa nanica» (en miniatura) conformada por pequeños periódicos, casi clandestinos, como singular expresión de resistencia del pueblo a las dictaduras castrenses.

En Perú un emprendedor maestro de escuela, Miguel Azcueta, promovió en Villa El Salvador, un barrio limeño muy pobre sobrepoblado por emigrantes campesinos indígenas, la conformación gradual de un sistema de múltiples medios alternativos. Ellos comenzaron con periódicos murales y boletines en mimeógrafo, apelaron luego a altoparlantes y al cine en sitios públicos, usaron la radio y llegarían un día a contar hasta con su canal de televisión.

Y ya a principios de los años del 50 comenzó a perfilarse en Bolivia un «cine junto al pueblo», primordialmente indigenista, con documentales de Jorge Ruiz y Jorge Sanjinés que ganarían varios lauros internacionales y contribuirían a sentar algunas de las bases para lo que años más tarde iría a ser el «Movimiento del Nuevo Cine Latinoamericano».

Festivales de música y de bailes, ferias, pancartas, teatro callejero, concursos y funciones de títeres fueron otros de los procedimientos empleados en varios países de la región para decir lo que los grandes medios masivos no decían.

¿CUÁL DESARROLLO Y PARA QUIÉN?

Desde fines de los años del 40 se implantó en Latinoamérica, junto con la asistencia técnica y

financiera de Estados Unidos de América, el modelo de desarrollo en vigencia en aquel país y en los de Europa Occidental. Adoptado con ciego optimismo por los Gobiernos de América Latina, iría a ser aplicado sin vacilación ni ajustes. Pero ya a principios de los años del 60 comenzaron a registrarse claros indicios de inoperancia de aquel paradigma; los gobernantes no les prestaron atención.

A mediados de esa década surgió, en cambio, un movimiento regional de economistas y científicos sociales que inició el cuestionamiento crítico a aquel modelo. Planteó una denuncia y propuesta que dio en llamarse «Teoría de la Dependencia». Destacó la pronunciada y perjudicial injusticia que prevalecía en el intercambio comercial de bienes y servicios entre la región y Estados Unidos de América. Venderle barato materias primas y comprarle caro productos manufacturados producía un déficit crónico y creciente para los latinoamericanos. Por eso sostuvo que sólo cambiando esa estructura de dependencia podría haber desarrollo efectivo y verdaderamente democrático. Y un importante estudio internacional, el Informe Pearson, le dio la razón. Pero nadie escucharía esas tempranas voces de advertencia. Y así lo que llegaría a ocurrir fue que, en vez de haber desarrollo, el subdesarrollo se iría acentuando obstinada y peligrosamente.

A principios de la década de 1970 el fracaso del modelo foráneo impuesto se hizo muy evidente. Una crisis de la actividad petrolera internacional tuvo consecuencias sumamente graves en la economía de Latinoamérica de las que ella no pudo defenderse como lo hicieron los países desarrollados.

Vulnerable por causa de su extrema dependencia de Estados Unidos de América, la región vio

ya a mediados de la década bajar rápidamente sus tasas de crecimiento y le resultaría inevitable hacer recortes en los gastos públicos, afectando como siempre a los más desamparados. Para cubrir los déficit acumulados por obra del inequitativo régimen de intercambio mercantil, los gobiernos latinoamericanos tuvieron que aumentar su deuda externa a plazos de amortización más cortos y con tasas de interés más altas. Pero el modelo de desarrollo causante de más subdesarrollo quedó en vigor en la región.

En 1973 propuse entender al desarrollo como «un proceso dirigido de profundo y acelerado cambio sociopolítico que genere transformaciones sustanciales en la economía, la ecología y la cultura de un país a fin de favorecer el avance moral y material de la mayoría de la población del mismo en condiciones de dignidad, justicia y libertad».

Temprano también en esa década el distinguido comunicólogo paraguayo, Juan Díaz Bordenave, planteó formular un «modo de desarrollo diferente del emanado del capitalismo liberal y del comunismo estatal y proponer a nuestros pueblos un socialismo democrático de bases comunitarias, autogestionarias y participativas».

En 1974 la Declaración de Cocoyoc, emitida en México, constituyó un manifiesto político regional que formuló bases para un desarrollo más humano, equitativo y democrático.

En 1975 la Fundación Daj Hammar skjöld (Suecia) presentó a Naciones Unidas una propuesta de un modelo mundial para «otro desarrollo» que tenía como premisa fundamental el cambio estructural para la desconcentración del poder.

En 1976 un equipo multidisciplinario organizado en Argentina por la Fundación Bariloche planteó

al cabo de un año de estudio, con apoyo canadiense por conducto del Centro Internacional de Investigación para el Desarrollo (CIID), un «Modelo Latinoamericano Mundial» para forjar por cambio estructural una nueva sociedad cifrada en la equidad, en la plena participación del pueblo en la toma de decisiones y en la protección del medio ambiente.

Y también en 1976, en una singular revisión de sus convicciones, el ilustre investigador estadounidense de la comunicación para el desarrollo, Everett Rogers, pronosticó «la extinción del paradigma dominante» aludiendo al modelo clásico de desarrollo. En argumentación de ocho puntos de severa crítica al mismo, se sumó a los precursores cuestionamientos y proposiciones de latinoamericanos, cuya influencia sobre la modificación de su pensamiento en la materia reconocería luego públicamente con franqueza e hidalguía ejemplares.

Ningún gobierno prestó atención a proposiciones como éstas y así el subdesarrollo antidemocrático siguió en pie. En efecto, a la altura de 1978 la situación en Latinoamérica era de aumento del desempleo, salarios más bajos y precios más altos y aguda inflación. El 40% de las familias cayó a niveles de pobreza crítica mientras las elites conservadoras se enriquecían más. Y el autoritarismo seguía sojuzgando al pueblo.

EL DECENIO DE FUEGO

Como se lo ha señalado hasta aquí, la década de 1970 fue trascendental en América Latina en cuanto a procurar el cambio de la situación, en múltiples sentidos, en favor del pueblo. Centenares de personas se empeñaron en incrementar y mejorar la práctica de nuevos formatos

comunicativos. Y varios estudiosos de la comunicación, a la par con hacer proposiciones para el cambio del modelo de desarrollo, se esmeraron en renovar la teoría sobre ella.

En efecto, al empezar esa década, una pléyade de bien documentados analistas académicos comenzó a producir en varios países de la región una importante literatura de protesta y de propuesta que ventiló en debates en ella y, más tarde, inclusive fuera de ella. Denunció al mismo tiempo la dependencia de Latinoamérica de potencias foráneas y la dominación interna de las mayorías empobrecidas por la minorías enriquecidas, tanto en términos de la comunicación como en los del desarrollo.

Rebeldes con causa, no desaforados radicales, esos jóvenes investigadores y docentes propusieron soluciones integrales y medidas de cambio profundas por las vías del consenso y de la legalidad. Y dieron aportes cruciales a emprendimientos internacionales, principalmente los propiciados entonces por la UNESCO como el de la formulación de «Políticas Nacionales de Comunicación», comenzando por brindar bases conceptuales de ellas, y esta definición que me tocó proponer a fines de 1971 en París: «Una política nacional de comunicación es un conjunto integrado, explícito y duradero de políticas parciales de comunicación armonizadas en un cuerpo coherente de principios y normas dirigidos a guiar la conducta de las instituciones especializadas en el manejo del proceso general de comunicación de un país».

La UNESCO organizó en 1974 en Bogotá la primera reunión de expertos en tales políticas que se realizaba en el mundo. Esos pensadores latinoamericanos forjaron un rico conjunto de consideraciones, conclusiones y recomendaciones.

Aunque extraoficialmente, su informe iría a servir como plataforma para las deliberaciones de la Primera Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Nacionales de Comunicación en América Latina patrocinada también por la UNESCO en San José de Costa Rica en 1976. Ella llegó a realizarse pese a la dura y tenaz oposición de las agrupaciones interamericanas de propietarios y directores de medios de comunicación masiva que hallaban cualquier proposición normativa opuesta a la libertad de expresión. A pesar de ese hostigamiento empresarial, la reunión logró cumplir su cometido. Desembocó en la Declaración de San José, que vino a constituir una suerte de credo oficial de la comunicación alternativa para la construcción democrática. Y produjo 30 recomendaciones específicas para el establecimiento, por cada país de la región, de sus políticas mediante un consejo nacional pluralista, así como unas cuantas propuestas para acciones cooperativas regionales. Sin embargo, la presión obstructiva del sistema empresarial sobre el sistema político sería tan fuerte que ni siquiera en los tres países cuyos gobiernos se organizaron post San José para efectuar los cambios acordados -Venezuela, Perú y México- resultó posible establecer las políticas. Y así la anomia favorable al «statu quo» antidemocrático prevalecería infortunada e indefinidamente...

Lo que vino a encender, al mismo tiempo, las llamas de una controversia mundial fue la proclamación por el Movimiento de los Países No Alineados, con liderazgo principalmente yugoeslavo y árabe, primero de un «Nuevo Orden Internacional de la Economía» y luego de un «Nuevo Orden Internacional de la Información (NOMIC)». Ambas propuestas provocaron el áspero y enconado rechazo por parte de los países desarrollados, firmemente resueltos a mantener intacta su expoliatoria hegemonía.

Varios autores latinoamericanos hicieron valiosas contribuciones a la reflexión sobre el tema. Pero la única institución social que se hizo eco de sus inquietudes fue la Iglesia Católica, no los partidos ni los sindicatos ni las agrupaciones profesionales. En el último tercio de la década del 70 el ácido debate llegó hasta los mayores foros gubernamentales internacionales: la Asamblea General de Naciones Unidas y la Conferencia General de la UNESCO.

La salida transaccional que pudo lograr la UNESCO para poner fin a la virulenta confrontación fue la creación de la Comisión McBride, que presentó en 1980 su informe final a la Asamblea General de dicho organismo. A pesar de su naturaleza necesariamente conciliatoria por haber sido obtenida por consenso apaciguador, este trascendental documento acogió en gran parte el pensamiento renovador y justiciero de la comunicación como herramienta de democracia. Pero, lamentablemente, el impulso transformador de los países no alineados no lograría pasar de la enunciación a la acción. La resistencia de los países desarrollados al cambio se probó abrumadora y paralizante. Y así vino a quedar guardado en la nevera del tiempo el sueño del cambio justiciero...

ADIÓS A ARISTÓTELES

También en la década de 1970 los latinoamericanos fueron precursores en cuestionar el imperante modelo clásico de comunicación y en proponer su reemplazo. Es decir, aquel que, nacido a fines de los años 40 en Estados Unidos con el esquema de Harold Lasswell («Quién dice qué en cuál canal a quién y con qué efecto?»), fue refinado y expandido a mediados de los años 60 por Wilbur Schramm y David Berlo («Fuente-

Mensaje-Canal-Receptor-Efecto»). Lo criticaron por percibir la comunicación como un proceso unidireccional (monológico) y vertical (impositivo) de transmisión de mensajes de fuentes activas a receptores pasivos sobre cuya conducta ellas ejercen así presión persuasiva para asegurar el logro de los efectos que buscan. Objetándolo por mecanicista, autoritario y conservador, varios comunicólogos de la región emprendieron, paulatina pero resuelta y creativamente, el diseño de lineamientos básicos para la construcción de un modelo diferente. O sea, que se pusieron a repensar la naturaleza del fenómeno de la comunicación en función de su realidad económica, social, política y cultural.

El impulso crítico precursor lo dio en 1963, sucinta pero sustantivamente, el venezolano Antonio Pasquali. En 1969 el pedagogo brasileño Paulo Freire, también en forma breve pero enjundiosa, criticó desde el exilio en Chile el modelo clásico en su versión de «extensión agrícola». Y entre 1972 y 1973 el estadounidense Frank Gerace hizo, desde Bolivia y Perú, el primer intento de extrapolar el pensamiento freiriano sobre «educación para la libertad» por medio de la «concienciación» basada en el diálogo forjador de la «comunicación horizontal». Así se fue constituyendo el núcleo generador de la propuesta para la democratización de la comunicación, cuyos adelantados fueron el paraguayo Juan Díaz Bordenave, el español de larga residencia en Latinoamérica Francisco Gutiérrez, la argentina María Cristina Matta y el brasileño Joao Bosco Pinto.

Al promediar la década apuntalaron ejemplarmente el emprendimiento, entre otros, el uruguayo Mario Kaplún y el argentino Daniel Prieto. Cerca del término de ella el peruano Rafael Roncagliolo y el chileno Fernando Reyes Matta entra-

ron también en la lid con brío, haciendo valiosos aportes a la construcción de nuevos modelos. El argentino Máximo Simpson estipuló como características de la «comunicación alternativa» -también llamada «dialógica», «popular» y «participatoria»- las siguientes: (1) acceso amplio de los sectores sociales a los sistemas; (2) propiedad social de los medios; (3) contenidos favorables a la transformación social; (4) flujos horizontales y multidireccionales de comunicación; y (5) producción artesanal de los mensajes.

Y en 1980, recapitulando las críticas y procurando conjugar las propuestas, esboqué lineamientos para la formulación de un «modelo de comunicación horizontal» cifrado en el acceso, el diálogo y la participación entendidos como factores interdependientes. Para enmarcar mi esquema formulé esta definición general: «La comunicación es el proceso de interacción social democrática que se basa sobre el intercambio de símbolos por los cuales los seres humanos comparan voluntariamente sus experiencias bajo condiciones de acceso libre e igualitario, diálogo y participación». Y apoyándome en esta definición y en los lineamientos que había trazado en 1973 para un nuevo modelo de desarrollo propuse esta conceptualización específica:

«La comunicación alternativa para el desarrollo democrático es la expansión y el equilibrio en el acceso de la gente al proceso de comunicación y en su participación en el mismo empleando los medios -masivos, interpersonales y mixtos- para asegurar, además del avance tecnológico y del bienestar material, la justicia social, la libertad para todos y el gobierno de la mayoría».

Todas esas agrupaciones se comprometieron a fondo con el ideal de la democratización de la comunicación y del desarrollo.

Otro emprendimiento significativo de los comunicadores latinoamericanos, principalmente a partir de la década del 70, fue el de la constitución de agrupaciones profesionales como la Asociación Latinoamericana de Escuelas Radiofónicas (ALER), que vino a sumarse a las ya existentes organizaciones católicas de prensa y medios audiovisuales. Nacieron también la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP), la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAI) antecedida por el precursor Instituto de Investigación de la Comunicación (ININCO) en Venezuela. Y algo después, sumándose al CIESPAL ya existente en Ecuador, surgiría también la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación (FELAFACS), las que ahora pasan del millar. Además se crearon, primero en México, el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET) y, más tarde en Perú, el Instituto para América Latina (IPAL), y el CENECA en Chile, entre otras entidades. Todas esas agrupaciones se comprometieron a fondo con el ideal de la democratización de la comunicación y del desarrollo.

Y corresponde también anotar que, desde el comienzo de los 70, prosperó en la región el análisis crítico general de la investigación en comunicación en práctica en la región bajo modelos foráneos. En general, las premisas, los objetos y los métodos de investigación propios de esos modelos fueron objeto de varias consideraciones de orden académico y político. Se procuró, con impulso inicial del dinámico e integrador CIESPAL, investigar «sin

anteojeras».Y, en particular, como en el caso del modelo de difusión de innovaciones como eje para el desarrollo, hubo algunos latinoamericanos que formularon severas críticas al mismo y advirtieron que no se compaginaba con las realidades de la región. Así surgió el movimiento académico que su analista e historiador, el sobresaliente comunicólogo brasileño José Marques de Melo, llamaría la «Escuela Crítica Latinoamericana».

Por último, cabe indicar que igualmente entonces comenzaron a aumentar y a mejorar las revistas científicas latinoamericanas sobre comunicación.

LA ESPANTOSA «DÉCADA PERDIDA»

Al despuntar la década de 1980 irrumpieron en la escena del ejercicio del poder el neoliberalismo y la globalización que llegarían a cambiar en poco tiempo las bases estructurales de la economía, de la política, de la cultura y de la comunicación en el mundo. Y una vez más las naciones gestoras de aquellos fenómenos prometieron a las demás la aurora del desarrollo universal. Entre 1981 y 1983, empero, la peor recesión desde la histórica «Gran Depresión» afectó a los países desarrollados, y tuvo consecuencias devastadoras para los subdesarrollados.

La tasa de crecimiento del Producto Interno Bruto de Latinoamérica que había sido de 5.5 para el período de 1950 a 1980 se desplomó en 1982 hasta el nivel de -.9% y el Producto per cápita bajó en ese mismo año en más de 3%. Y la deuda externa, que en 1975 había sido de 67 billones de dólares saltó entonces a 300 billones e iría a llegar en 1989 a la colosal cifra de 416 mil millones de dólares. Entre el principio y el final

del trágico decenio la participación de la región en el mercado internacional descendería del 7% al 4%, y el volumen de la inversión extranjera lo haría del 12.3% al 5.8%.

La honda y demoledora crisis dio por tierra con cualquier expectativa de desarrollo y sumió a la región en las graves consecuencias del aumento de los índices de desempleo y de la consiguiente exacerbación de la miseria, así como de una gran fuga de capitales al exterior y del aumento de las barreras proteccionistas. Y las inversiones en sectores sociales como los de salud y educación fueron recortadas.

No fue, pues, en vano que la de 1980 vino a ser conocida como la «década perdida». Y paradójicamente esto coincidió con la restitución del gobierno democrático en los países de la región que habían sido asolados por largas y brutales dictaduras adictas al modelo clásico foráneo de desarrollo. La voluntad de reconstrucción democrática se vio así privada de fondos para materializarse, pues hasta la asistencia externa al desarrollo fue disminuida.

En suma, el debut del modelo del mercado en sustitución del modelo del Estado fue catastrófico en Latinoamérica, habiendo generado no sólo estancamiento sino regresión en los programas para el desarrollo. Y, por supuesto, las minorías dominantes pasaron la factura por el colapso a las mayorías dominadas.

A mediados de la década, Max-Neef y otros analistas internacionales estudiaron la ejecutoria inicial del neoliberalismo en Latinoamérica y llegaron a esta conclusión: «... a diferencia del desarrollismo, el neo-liberalismo ha fracasado en un período mucho más breve y de manera más estrepitosa».

BANDERAS EN ALTO

Desalentada por el fracaso en la lucha por las políticas de comunicación y por un nuevo orden mundial de la información y la comunicación, la combatividad intelectual latinoamericana por la democratización de la comunicación vio algo menguado su brío en el primer tercio de la década del 80. Pero, a diferencia de lo ocurrido en cuanto al desarrollo, esa década no fue perdida ni en la reflexión ni en la acción de los comunicadores latinoamericanos que permanecieron batallando por el ideal del cambio estructural en pos de la equidad y la libertad. Hubo, por una parte, apreciables aportes a la literatura del ramo y surgieron nuevos horizontes conceptuales en tanto que se mantuvieron muy activos los ejercicios de comunicación alternativa para el desarrollo democrático.

Al inicio de la década se produjeron valiosos empeños de compilación de la literatura regional sobre comunicación para el desarrollo democrático a cargo del brasileño José Marques de Melo en la jurisdicción de Brasil, del argentino Máximo Simpson a escala regional y de Elizabeth Fox, estadounidense, y Héctor Schmucler, argentino, también en la esfera latinoamericana. A mediados de la década el peruano Rafael Roncagliolo hizo lo propio en dicho territorio. Y al finalizar la década, Marques de Melo iría a aportar otra compilación, esta vez de alcance regional.

A lo largo del primer quinquenio no pocos de los autores de textos de la histórica década del 70 continuaron activos en la producción de documentos. Juan Díaz Bordenave se destacó con trabajos sobre temas como estos: teoría y práctica de la democratización de la comunicación; principios de comunicación para el desarrollo rural, poniendo énfasis en el cambio de la exten-

sión agrícola a la participación campesina; y participación del pueblo en la comunicación y en el desarrollo. Además de proponer la pedagogía del lenguaje total, Francisco Gutiérrez se ocupó de la relación entre democracia y participación y, en asocio con Daniel Prieto, planteó la mediación pedagógica como forma de educación alternativa a distancia. Marques de Melo escribió sobre la democracia y la comunicación en la región, especialmente en términos de un planteamiento de la propuesta de políticas nacionales de comunicación. También Rafael Roncagliolo siguió haciendo aportes al estudio de la relación de la comunicación con la democracia y con el desarrollo. Fernando Reyes Matta se concentró en las búsquedas democráticas y la comunicación alternativa. El economista colombiano Antonio García lo hizo analizando comparativamente la comunicación para la dependencia con la comunicación para el desarrollo libre y democrático. Y, para dar sólo un ejemplo más, el autor del presente ensayo siguió también haciendo entonces contribuciones a esta temática.

Poco después de mediados de la década, el comunicólogo español radicado en Colombia Jesús Martín-Barbero había abierto un surco de renovación en el pensamiento académico latinoamericano sobre la comunicación popular y su nexos con el desarrollo que pronto iría a probarse muy fértil e influyente. Propuso un nuevo enfoque analítico de los medios de comunicación en sociedades como las de Latinoamérica, especialmente en relación con la modernidad. Sostuvo que la comunicación es un fenómeno más de mediaciones que de medios, una cuestión de cultura, y propuso que, por tanto, había que verla también desde el ángulo de la recepción de mensajes en vez de hacerlo sólo desde el de la emisión de ellos. «Y estamos descubriendo estos últimos años – acotó – que lo popular no ha-

bla únicamente desde las culturas indígenas o las campesinas, sino también desde la trama espesa de los mestizajes y las deformaciones de lo urbano, lo masivo». El original planteamiento tuvo amplia resonancia en la investigación sobre comunicación en la región y generaría en ella una sustantiva línea de estudios.

La década de 1990 fue rica, especialmente en los países andinos, en creativas reflexiones sobre la comunicación relativa al desarrollo. La abrió otra contribución a la reflexión por el precursor venezolano Antonio Pasquali con su obra *El orden reina*, dedicada a explorar las posibilidades de respuesta de los latinoamericanos a la agravada situación de la comunicación por el exponencial aumento del poderío tecnológico y económico de Estados Unidos de América y otras naciones altamente desarrolladas. En 1992 Javier Esteinou Madrid hizo en México penetrantes análisis de los procesos de comunicación en Latinoamérica en los tiempos del libre mercado. Y en ese mismo año Washington Uranga aportó precursoras propuestas para el uso de las nuevas tecnologías.

A fines del primer tercio del período Rosa María Alfaro, sobresaliente seguidora del enfoque de Jesús Martín-Barbero, publicó en su país, Perú, una efectiva propuesta de «una comunicación para otro desarrollo» que percibió como un fenómeno de relación sociocultural y no nada más que como un recurso tecnológico para producir efectos en el comportamiento humano, además de considerarla válida por sí misma y no simplemente como un complemento de los programas

El original planteamiento tuvo amplia resonancia en la investigación sobre comunicación en la región y generaría en ella una sustantiva línea de estudios.

de desarrollo. Coetáneamente y coincidentemente Ivonne Cevallos, también en algún grado identificada con Martín-Barbero, propuso en Ecuador que se viera la comunicación no meramente como factor instrumental sino también como agente de mediación.

A mediados de la década otro admirador más de las ideas de Martín-Barbero, Segundo Armas Castañeda, propuso en

Perú revalorizar la virtud estratégica de la comunicación en el proceso del desarrollo, contribuyendo a construir ciudadanía y fomentando la participación protagónica del pueblo.

Cerca de fines de la década los comunicólogos colombianos José Miguel Pereira, Jorge Iván Bonilla y Julio Eduardo Benavidez propusieron que, sin perjuicio de su función de apoyo a los programas de desarrollo, la comunicación cumpliera también otros papeles como el de fortalecer la capacidad expresiva de la gente y el de facilitar los enlaces e intercambios entre individuos y agrupaciones para robustecer el tejido social en su integridad. Y otro estudioso colombiano, Carlos Cortés, hizo al mismo tiempo un perceptivo inventario de la comunicación para el desarrollo en la región. También entonces Migdalia Pineda de Alcázar hizo notar en Venezuela que ante la irrupción de las nuevas tecnologías telemáticas de comunicación, el desequilibrio informativo, internacional e intranacional, se había expandido e intensificado al punto de agrandar la brecha del subdesarrollo y obligar a reformular políticas de comunicación democrática desde la perspectiva de la población marginada.

En 1998 Colin Fraser, ex Director de Comunicación de la FAO en Roma, y la comunicóloga colombiana Sonia Restrepo-Estrada publicaron en Londres una sustancial obra sobre la comunicación y el desarrollo en el mundo, subrayando la necesidad del cambio de conducta para asegurar la sobrevivencia. El volumen comenzó con una introducción conceptual que destacaba el papel de la comunicación en la participación democrática para lograr aquel cambio. Presentó luego bien fundadas y amenas descripciones analíticas de cinco casos, uno de escala mundial, sobre el nacimiento de la estrategia de movilización social para la inmunización con apoyo de comunicación, y los demás de escala nacional, sobre desarrollo rural, sobre comunicación para la planificación familiar y sobre usos creativos de la radio para generar cambios en la sociedad. Entre ellos subrayaron el precursor ejercicio de Radio Sutatenza de Colombia. Pero dedicaron la mayor atención al caso mexicano del ambicioso Programa de Desarrollo Rural Integrado del Trópico Húmedo que favorecía la creación de pequeñas o medianas empresas con participación comunitaria y que fue apuntalado por un sistema de comunicación identificado por la sigla PRODERITH. Sustentado en lo financiero por el Banco Mundial y apoyado por asistencia técnica de la FAO, este sistema operó desde 1978 hasta 1995. Dio énfasis a la comunicación participativa interpersonal (individual y en grupos) auxiliada principalmente por el uso del vídeo por medio de unidades de campo que atendieron a 35.000 familias.

Al terminar la década, el periodista ecuatoriano Gonzalo Ortiz Crespo produjo en Ecuador una reseña reflexiva de la situación de la comunicación en Latinoamérica en términos de la influencia de la globalización sobre los medios, otro examen útil para repensar el papel de ellos en el

desarrollo. Y simultáneamente el comunicador boliviano Alexis Aillón Valverde esbozó desde Ecuador una nueva perspectiva del papel de la comunicación para el desarrollo como instrumento de «control cultural» entendido como la capacidad de las personas para resistir, por influencia de su entorno social, la imposición de una cultura ajena a la suya.

En 2002 un par de destacados periodistas y comunicólogos hicieron, por encargo de la Oficina de Unesco para Centro América y Panamá, recuentos analíticos de dos áreas temáticas que ella cultivó recientemente con prioridad. Uno fue el realizado por la especialista colombiana en comunicación cívica Ana María Miralles Castellanos de las actividades de la Unesco en materia de comunicación para el desarrollo urbano. Y el otro estuvo a cargo del especialista boliviano en comunicación y política José Luis Exeni que se ocupó de las operaciones de dicho organismo internacional en pro de comunicación para una cultura de paz. Ambas recapitulaciones sumarias forman parte de la colección «Vox Civis» que publican en cooperación Unesco y Radio Nederland.

Rosa María Alfaro publicó en 2004 un balance crítico de las culturas populares y la comunicación participativa que desembocó en una propuesta para efectuar ajustes y reorientaciones acordes con los cambios económicos y políticos de los últimos tiempos. En ese mismo año Néstor García Canclini señaló un cambio de agenda en las industrias culturales, advirtió la subordinación de los productos culturales, nacionales y locales, a una reorganización transnacional, y plantó luego la noción de que la defensa de la diversidad cultural constituye el eje del proyecto de la sociedad del conocimiento. Al mismo tiempo Guillermo Mastrini pasó revista detenida al estado de la economía política de las industrias cul-

turales de su país, Argentina, al influjo de la economía neoliberal. Verificó la creciente concentración de la propiedad de los medios en manos de unos pocos que dominan los mercados en tanto que el Estado carece de la resolución y el vigor necesarios para instaurar políticas culturales. En ese mismo año, César Bolaño y Valerio Brittos analizaron la situación de las políticas de comunicación en el gobierno de Lula y hallaron que, si bien éste mostraba una posición sobre ellas más adecuada que la del régimen anterior, no parecía comprometerse aún con la formulación de la política nacional de comunicación que hace falta.

Igualmente, en 2004 el especialista argentino en comunicación para el desarrollo rural Gustavo Cimadevilla dedicó entonces un libro a criticar la razón intervencionista en materia de desarrollo sustentable y a señalar los desafíos que la comunicación enfrenta para poder apuntalar el mismo.

En el ya feneciente primer quinquenio del nuevo siglo la producción de literatura del ramo ha tenido una continuidad tal vez no intensa, pero sí significativa. Ilustra ello el caso de Bolivia, en la que se han dado algunas contribuciones importantes en tal período. Se destaca entre ellas un libro del 2002 de Teresa Flores Bedregal sobre la comunicación para el desarrollo sostenible que define las funciones de ésta en tal proceso principalmente en estos términos: (1) promoverlo en sus múltiples dimensiones y a diversos niveles; (2) propiciar una nueva ética de equidad y respeto al medio ambiente, a la diversidad biológica y cultural y a los derechos humanos, especialmente en el caso de las minorías; (3) servir como vehículo de expresión y participación social y política de los ciudadanos; (4) ser instrumento para el diagnóstico y la so-

lución de los problemas locales de comunidades; (5) potenciar el empleo de canales locales de comunicación y propiciar el uso de las nuevas tecnologías por los grupos sociales más desfavorecidos; y (6) contribuir a la articulación de los procesos comunicativos en la planificación de programas de desarrollo. El prologuista Juan Díaz Bordenave pronosticó que este libro «será recibido con entusiasmo por las escuelas de comunicación del Tercer Mundo». Otra de dichas contribuciones bolivianas, también en el 2002, fue una nueva percepción de la comunicación para el cambio social por José Luis Aguirre Alvis «desde la realidad de la multiplicidad (cultural) y la diferencia». Luego, en 2003, Carlos Camacho reflexionó sobre el derecho a la información como práctica de formación y desarrollo de la «ciudadanía comunicativa», concepto sobre el que propuso un modelo. Un cuarto aporte, en 2005, fue un examen de Alfonso Gumucio Dagrón de la diferencia universal entre «los de arriba» y «los de abajo» en cuanto al derecho a la información y al derecho a la comunicación. Y en materia de «radio del pueblo» Karina Herrera Miller analizó la situación de las tres emisoras mineras sobrevivientes en Bolivia, en tanto que Carlos Arroyo se ocupó, por inversa, de las emisoras comunitarias aimaras de reciente nacimiento, estudios ambos de 2005 también.

Y al final de aquel lustro el comunicólogo español Alejandro Barranquero publicó en Bolivia un documentado y perceptivo ensayo sobre el papel de Latinoamérica en la reflexión y en la práctica de la comunicación para el desarrollo a lo largo de medio siglo, prestando especial atención a la «conformación de un modelo propio, contra-hegemónico y crítico, con respecto a las perspectivas académicas dominantes (principalmente, norteamericanas)».

«COMUNICACIÓN PARA EL CAMBIO SOCIAL»

En el presente primer quinquenio del tercer milenio de la humanidad la fe en las virtudes de la comunicación para promover la construcción del desarrollo democrático se mantiene en pie en Latinoamérica, en cierto grado y en algún modo, tanto en la práctica operativa como en la teorización profesional. Sucede esto pese a que la gran mayoría de los gobiernos aún no la entiende a cabalidad ni la aprovecha plenamente y a que, lamentablemente, se la enseña apenas en un puñado del millar de facultades de comunicación con que cuenta hoy la región.

Al apoyo técnico y financiero que brindan para comunicación educativa algunos organismos gubernamentales, nacionales e internacionales, y unos cuantos organismos no gubernamentales comprometidos con el desarrollo se suma excepcionalmente el de algunas fundaciones, públicas y privadas. Entre estas últimas, confirmando una vieja tradición suya de servicio, se destaca la Fundación Rockefeller, con sede en la ciudad de New York. En 1997 su Departamento de Comunicación, dirigido por Denise Gray-Felder, comenzó a propiciar -a partir de una reunión en Bellagio, Italia- amplia e intensamente en el mundo la «comunicación para el cambio social», entendiendo por tal en principio «un proceso de diálogo, privado y público, a través del cual los participantes deciden quiénes son, qué quieren y cómo pueden obtenerlo». De este concepto surge el planteamiento de que las comunidades deben ser actoras protagónicas de su propio desarrollo, de que la comunicación no debe ser necesariamente sinónimo de persuasión sino primordialmente mecanismo de diálogo horizontal e intercambio participativo y que, en vez de centrarse en forjar conductas individuales, debe

hacerlo en los comportamientos sociales concordantes con los valores y las normas de las comunidades.

En 2003 la Fundación Rockefeller, en alianza principalmente con Communication Initiative y Panos London, propició el establecimiento de una entidad independiente para dar proyección universal e impacto mayor a las tareas promotoras del nuevo enfoque de la comunicación para el desarrollo. Ella se llama Consorcio de Comunicación para el Cambio Social, y tiene su sede en la ciudad de New York, desde donde brinda sus servicios a países de África, Asia y América Latina. Se trata de una red mundial de profesionales de la práctica, la investigación y la docencia de comunicación que ayuda a forjar la capacidad de comunidades marginadas para crear y manejar procesos de mejoramiento de su vida al cobijo de la democracia, la equidad y la tolerancia.

Director Ejecutivo de sus programas operativos, con sede en Brasil, es Alfonso Gumucio, comunicador boliviano de larga y productiva trayectoria en países africanos, asiáticos y latinoamericanos al servicio de varios organismos internacionales. Él produjo para la Rockefeller en 2001 un estudio titulado *Haciendo olas*, que recogió medio centenar de testimonios de experiencias de comunicación alternativa para el cambio social en varios países de Latinoamérica, Asia y África. Y en los años recientes ha publicado artículos en revistas y presentado ponencias en congresos y seminarios explicando y promoviendo la comunicación para el cambio social.

El consorcio organizó, además, en 2004 en Bellagio, Italia, una reunión de consulta a expertos de diversos países para hacer una selección preliminar de artículos principales sobre comunicación para el desarrollo publicados a lo largo de

medio siglo en distintos idiomas. A la fecha está entregando a imprenta los manuscritos finalmente escogidos para integrar una compilación en libro. Y, por otra parte, apoya al robustecimiento de las Facultades de Comunicación de algunos países de la región con miras al establecimiento de programas de postgrado en el ramo de comunicación para el cambio social.

LA UTOPIA IRRENUNCIABLE

Pese a las aspiraciones frustradas y a los contrastes sufridos, los comunicadores latinoamericanos comprometidos con la construcción de una nueva sociedad no han alzado las manos para abdicar de sus ideales. Resulta imposible reseñar aquí, ni siquiera en la forma más sintética, lo que han venido haciendo en las décadas del 80 y del 90 para mantenerse en pie de combate pese al nuevo contexto económico, político y tecnológico abrumadoramente contrario al cambio estructural pro democracia real y embelesado por las promesas de la llamada Sociedad de la Información.

Ellos bien saben que la situación de la gran mayoría de sus conciudadanos es hoy más deplorable que la de los años del 70, que el desarrollo democrático no ha ocurrido, que la dominación interna sigue perpetrándose y que la dependencia externa es mucho mayor que nunca antes. Y son muy conscientes de que ese empeoramiento abarca también, y en grande y creciente medida, la situación de la comunicación. «Estamos, afirma – por ejemplo – el comunicólogo boliviano de larga trayectoria internacional Alfonso Gumucio, peor en muchos sentidos: la concentración de medios en pocas manos es mayor que antes, la privatización de las frecuencias y de los medios del Estado ha eliminado casi completamente la radio y la televisión de

servicio público. Por influencia de las grandes empresas multinacionales ya no se discute la información como un hecho cultural y social sino como un hecho de mercado».

Esos consorcios mercantiles transnacionales dominan, en efecto, hoy mucho más que nunca el negocio publicitario y el flujo noticioso. Y los países desarrollados, Estados Unidos de América, los de la Unión Europea y Japón, controlan el 90% de la producción de bienes y servicios informativos electrónicos del mundo. Un poco más de la mitad de los 550 millones de computadoras que hay en él están en Estados Unidos, Japón, Alemania, Inglaterra y Francia. A estos mismos países corresponde algo más de dos tercios del total mundial de usuarios del internet que llega a 320 millones. Y mientras Estados Unidos de América cuenta con el 57% del total mundial de «internautas», Latinoamérica sólo cuenta con el 1%. En resumen, en vista de la presencia de la nueva tecnología telemática, la brecha de comunicación entre países desarrollados y subdesarrollados se ha agigantado colosalmente.

La prédica crítica de varios latinoamericanos es, pues, inclusive más válida hoy que otrora. Por tanto, no están dispuestos a renunciar a la utopía justiciera y siguen luchando con fe y con denuedo con las armas de la teoría y de la práctica en medio de un mar de conformismo con el statu quo caracterizado por la adscripción al mercantilismo y al tecnologismo ciegos propios de la era neoliberal y globalizante.

Así lo muestran reflexiones relativamente recientes en libros, revistas e informes, en particular en países como Perú, Colombia, Venezuela, México, Brasil, Argentina y Bolivia. Y así lo corroboran pronunciamientos realizados en varias reuniones profesionales, cuando menos desde la

mitad de la década del 80 hasta el arranque del nuevo siglo.

Veamos sólo tres de ellos:

- Declaración de Lima (IPAL, 1990): «Hoy más que ayer, con énfasis sobre la práctica antes que sobre la retórica, hay que procurar una Nueva Comunicación, sin mitificar formas y eslóganes ni desconocer los cambios, pero sin renunciar al ideal supremo de una comunicación libre de intereses económicos y políticos, y a la vez participatoria, sujeta a criterios de solidaridad y justicia».
- Declaración de La Paz (OCIC-AL, UNDA-AL, UCLAP, 1992): «Democratizar la comunicación es un objetivo que hoy queremos reafirmar... La comunicación subordinada a las reglas del mercado desaloja al hombre como protagonista central del diálogo, de la solidaridad y de la decisión autónoma de su porvenir. La incomunicación es mayor pese a que aumenta el número de medios y de consumidores...».
- Declaración de la Conferencia sobre Nuevos Escenarios y Tendencias de la Comunicación en el Umbral del Tercer Milenio (Quito 2001): «... La convergencia entre sociedad de mercado y racionalidad tecnológica disocia la

sociedad en sociedades paralelas: la de los conectados a una infinita oferta de bienes y saberes y la de los excluidos tanto de los bienes como de la capacidad de decisión y del ejercicio del poder...».

Y escuchemos nada más que a dos distinguidos comunicadores:

- Carlos Valle (Argentina, 1990): «La comunicación es uno de los temas decisivos para la década del 90 y para el futuro de la humanidad. Nos puede llevar a la reconciliación o a la destrucción (...) La creciente brecha entre ricos y pobres continúa ensanchándose. Los medios de comunicación siguen multiplicándose y gozando de un desarrollo tecnológico sin precedentes, mientras miramos azorados la concentración de su poder en escasas manos (...)».
- Antonio Pasquali (Venezuela, 1990): «En el futuro habrá que ser más realistas, más pragmáticos, más convincentes, concretos, exigentes, tenaces y eficientes. Reconfirmemos solemnemente nuestro propósito de no cesar hasta que a nuestras comunicaciones les lleve la hora de la Democracia, de la Utilidad Social y de la Calidad».

Así sea, colegas.

BREVE SELECCIÓN DE ESCRITOS

ALFONSO, Alejandro; BELTRÁN, Luis Ramiro y otros (2001). La Comunicación como instrumento al servicio de la educación para todos. Panamá, febrero, UNESCO. 31 p.

BELTRÁN S., Luis Ramiro (1996). Democratización y comunicación en Bolivia: pueblo y gobierno. Conferencia ofrecida en el Seminario "Los Medios de Comunicación y la Consolidación de la Democracia", auspiciado por la Carrera de Comunicación de la Universidad Católica Boliviana y la Fundación Konrad Adenauer, La Paz, mayo 17. 60 p. (mimeo).

- BELTRÁN S., Luis Ramiro (2005). La comunicación para el desarrollo en Latinoamérica: un recuento de medio siglo. Documento presentado al III Congreso Panamericano de la Comunicación, organizado por la Carrera de Comunicación de la Universidad de Buenos Aires, en Buenos Aires, del 12 al 16 de julio de 2005. (El documento fue presentado en Panel 3: Problemática de la Comunicación para el Desarrollo en el Contexto de la Sociedad de la Información).
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1990). Family planning communication: the INPPARES experience; contribution to a Mission to Peru Report. Quito, June. 28 p. (mimeo).
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1991). Marco teórico de las políticas de comunicación del Estado. En: Asociación de Periodistas de La Paz. Políticas de comunicación de Estado. La Paz. pp. 17-37. (Serie Debate no. 1).
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1993). Communication for development in Latin America: a Forty-year appraisal. In: Nostbakken, David and Charles Morrow. Cultural expression in the global village. Ottawa, Canada, International Development Research Centre. pp.9-31.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1993). Comunicación para el desarrollo en Latinoamérica: una evaluación al cabo de cuarenta años. Discurso de apertura en la inauguración de la IV Mesa Redonda sobre Comunicación y Desarrollo, organizada por el Instituto para América Latina, Lima, Perú, 23-26 de febrero, 1993. 44 p.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1993). La comunicación contra el cólera en Bolivia: situación y perspectivas. La Paz. 97 p. Anexos. (mimeo.). Estudio realizado por encargo de la Academy for Educational Development-Healthcom, a pedido de USAID/Bolivia.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1993). La salud y la comunicación en Latinoamérica: políticas, estrategias y planes. En: Unesco/OPS/OMS. Por una política de comunicación para la promoción de la salud en América Latina: conclusiones de la Reunión del Comité Asesor sobre Políticas de Comunicación Social en los Ministerios de Salud Pública para la Promoción de la Salud. Quito, Unesco. pp. 29-81.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1993). The importance of strategic IEC: planning and coordination. Panel presentation at the Roundtable on Population and Communication held in Vienna on December 2-3, 1993, by the Vienna Institute for Development and Cooperation. La Paz, Johns Hopkins University. 10 p. (mimeo).
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1993). The quest for democracy in communication: outstanding Latin American experiences. *Development: Journal of the Society for International Development*, no. 3:45-47.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1994). La comunicación: trama de la sociedad y savia de la cultura. *Tablero: Revista del Convenio Andrés Bello* (Colombia) 18(448):26-30.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1994). Neoliberalismo y comunicación democrática en Latinoamérica: "plataformas y banderas" para el tercer milenio. En: OCIC-AL/UCLAP/UNDA-AL. Nuevos rostros para una comunicación solidaria: ponencias y documentos de las III Asambleas Conjuntas

- y Continentales, Santa Cruz, Bolivia, febrero de 1994. Quito, Servicio Conjunto de Comunicación de las Organizaciones Católicas Internacionales de Comunicación OCIC-AL, UNDA-AL y UCLAP. pp.43-135.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1995). Buenos propósitos y realidad: un balance de los múltiples intentos gubernamentales por esbozar una estrategia comunicacional. *Común: Revista de Cultura* (Bolivia) no. 5:40-44. Agosto-noviembre.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1995). Comunicación democrática y realidad política en América Latina: perspectivas en la víspera del tercer milenio. En: Pontificia Universidad Javeriana. Comunicación y espacios culturales en América Latina: Cátedra Unesco de Comunicación Social. Santa Fe de Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Comunicación y Lenguaje. pp. 31-57.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1995). Salud pública y comunicación social. *Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicación* (Ecuador) no. 51:33-37. Julio.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1996). Campesino y comunicación: lineamientos estratégicos para el Programa de Coordinación en Supervivencia Infantil. La Paz, Universidad Johns Hopkins/Estrategia Nacional de Salud Reproductiva, Sub-Comisión de Información, Educación y Comunicación, La Paz, Junio.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1996). La radio popular y educativa en América Latina. *Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicación* (Ecuador) no. 53:8-11. Marzo.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1997). Prólogo. En: Molina, Sergio, Exeni, José Luis y Duchén, Ramiro. Comunicación sin centro: señas y sueños para descentralizar la comunicación y... democratizarla. La Paz, Ministerio de Desarrollo Humano, Secretaría Nacional de Participación Popular.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1998). Comunicación para la Salud del Pueblo: una revisión de conceptos básicos. Conferencia ofrecida en el IV Foro Nacional de Salud Comunitaria, Información y Comunicación: Estrategias para el Avance de la Seguridad Social en Salud, Bogotá, Colombia, Septiembre 9 al 11. 45 p.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (2001). Comunicación: la herramienta crucial para la reducción de desastres. La Paz, Bolivia, Universidad Johns Hopkins-Centro para Programas de Comunicación. 25 p. (Documento preparado para el Taller Centroamericano de Planeamiento Estratégico de Comunicación a realizarse en Managua, Nicaragua en junio 2002).
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (2001). Planificación estratégica de la comunicación para el desarrollo. La Paz, Bolivia, mayo, ERBOL-Universidad Católica Boliviana. 30 p.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (2000). Investigación sobre comunicación en Latinoamérica: inicio, trascendencia y proyección. La Paz, Plural/Universidad Católica Boliviana (Cátedra "Luis Ramiro Beltrán"). 337 p.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (2000). Promoción de la Salud: una estrategia revolucionaria cifrada en la comunicación. La Paz, Bolivia. 12 p. (Exposición inaugural en la Tercera Conferencia Brasileña de Comunicación y Salud, realizada en Adamantina, Brasil, Noviembre 6 al 8).

- BELTRÁN S., Luis Ramiro (2002). La comunicación y el desarrollo democráticos en América Latina: memoria de una quimera irrenunciable. (Documento presentado en el IV Congreso de Radios y Televisiones Locales, Públicas y Alternativas, realizado en Chipiona, España, el 28 y 29 de noviembre de 2002, organizado por la Universidad de Cádiz, EMA RTV y el Ayuntamiento de Chipiona).
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (2004). Homenaje a Everett Rogers. Documento presentado en el IV Encuentro Nacional de la Asociación Boliviana de Investigadores de Comunicación realizado en Cochabamba, Bolivia en noviembre 11-13 de 2004.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (2005). La radio del pueblo en Bolivia: acceso, diálogo y participación. Documento presentado en las Jornadas sobre el Derecho de los Pobres a la Información y a la Educación, organizadas por el Movimiento de los Sin Techo y realizadas en Santa Fe, Argentina el 16 y 17 de mayo de 2005.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (2005). Un memento latinoamericano del Informe MacBride: Sigue en pie el catecismo de utopías. Quaderns del CAC (Barcelona, España). Edición conmemorativa del 25 aniversario del Informe de la Comisión MacBride de la Unesco.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro y REYES, Jaime (1993). Radio popular en Bolivia: la lucha de los obreros y campesinos para democratizar la comunicación. *Diálogos de la Comunicación* (Perú) no. 35:14-31. Marzo.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro, RIVADENEIRA PRADA, Raúl y MAYOBRE, José Antonio (1990). Bases de estrategia y estructura de información pública para el Ministerio de Desarrollo Social de Venezuela: informe de asesoría de la Unesco. Quito. 36 p. Anexos. (mimeo).
- BELTRÁN S., Luis Ramiro, SUÁREZ, Carlos e ISAZA, Guillermo (1990). Bibliografía de estudios sobre comunicación en Bolivia. La Paz. 302 p.
- RAMSAY, Jorge y BELTRÁN S., Luis Ramiro (1997). Extensión agraria: estrategia para el desarrollo rural. Caracas, Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura/Fundación CIARA. 458 p. Serie Libros y Materiales Educativos no. 94).